

Ciencias, algunos ofidios y tortugas: á estas últimas las llaman *pules* los habitantes, que gustan mucho de su carne, y hacen anzuelos con su concha.

Hay gran variedad de pescados en aquella bahía, y todos rivalizan en el brillo. Seria nunca acabar tratar de todos ellos; pero es probable que mas adelante tendremos proporcion de ocuparnos de este asunto. Con todo, no pasaremos en silencio al tiburón de aletas negras (*squalus melanoptecus*, Quoy y Gaimard) que se ha multiplicado de un modo prodigioso, ni la blenia saltadora de Commerson, que es una especie de pescado anfibio que se eleva á la superficie de las aguas, trepa por las rocas, se pasea por ellas para coger los insectillos de que vive, y corriendo con bastante rapidez por la arena, imita en términos de equivocarse las huellas del estínco. En fin, lo mas singular que hay en las costumbres de este pescado es el verle nadar lo mismo en las aguas de los riachuelos que se pierden en Puerto Praslin, que zambullir en el mar, ó salir para subirse por las ramas de algunos arbustos marítimos. Sus ojos colocados verticalmente en la parte superior de la cabeza, sus aletas jugulares soldadas con rayos sólidos, y su color de un gris de lino linoado hacen de este perióphthalmo un ser muy curioso.

Los crustáceos se componen de langostas, de varias clases de cangrejos, de grapsos pintados, de palmones, de langostinos, de camarones, de paguros, y de un ocy-podo que hace su habitacion en los bosques. Los insectos son infinitos y diversos, encontrándose tambien gran número de brillantes y ricas mariposas. Entre los coleopteros citaremos el cicindela de color de rosa, tipo de un nuevo género que se mantiene en las hojas; el *gnoma*, que no abandona las cortezas; un bupresto dorado, y un grande escarabajo bicorneo. Tambien se encuentran alli muchos fas-

mos, uno filiforme y verde, y el otro muy grande, negro, con coselete muy duro y erizado de puntas. Este es el insecto de que habla Bougainville cuando dice, pág. 279: «Tiene el largo de un dedo, encorazado el cuerpo, con seis patas, puntas salientes por los lados, y una cola muy larga.» En cuanto á la hojauranta mencionada por aquel navegante y tan comun en Amboino y en los Sechelles, no tuvimos conocimiento de ella. Los escorpiones y escolopendras, asi como muchas hormigas muy grandes y termitas no se deben olvidar.

Las conchas mas comunes son los grandes conos, los cascós, grandísimos *trochus*, como la viuda y la piel de serpiente, las tridacnas ó pilas de agua bendita, el *hyppope* ó pie de caballo, las porcelanas ó cípreas, las óvulas, los fusas, las aliotis, los murices ó púrpuras, ostras, una con borde sinuoso, la otra aplastado y delgado, patelas ó lapas, etc. El escarabajo no deja la atmósfera marina, y se mantiene debajo del musgo ó en las axilas húmedas de un *panicratium*; un bulimito y un heliel negro no publicado hasta ahora habitan en las hojas de los árboles: un onchielio es muy comun en las rocas de la punta Tavua-lai; es oval, de color amarillento y manchas pardas. En las aguas dulces se encuentra una especie del género melania la *melania setosa* de Mr. Gray (Zool. Journal, tomo 1.º, pág. 253 pl. 8, fig. 6, 7 y 8) una nerita espinosa, y la nerita fluvial con labios rojos. Relativamente á esta última especie no podemos pasar en silencio un hecho muy singular de su organizacion.

Los individuos mas desarrollados, en lugar de vivir en el agua dulce, donde se fijan las leyes de su economía, se encuentran esparcidos, á lo menos mientras estuvimos en la Nueva Irlanda, á grandes distancias en lo interior de los bosques, á mas de me-

dia legua del agua. Esta particularidad de encontrar á cada paso esta concha fluvial pegada á las hojas de los árboles, y sobre todo á las del *pandanus*, nos pareció que echaba por tierra todas las reglas recibidas; y aun no concebimos como puede trepar á los troncos para llegar á las ramas mas delgadas á causa de su opérculo calcáreo muy sólido. En cuanto á su respiracion, continua por la precaucion que tiene este molusco de reservar en su concha, y debajo de su operculo, que se cierra herméticamente, una provision de agua, que acaso renueva todas las mañanas en las axilas de las hojas de vacua, ó de algunas otras plantas, cuyo follage enrollado recibe los vapores que se condensan por la noche.

Pocas atribadas nos fueron tan propicias para enriquecer nuestras colecciones con una cantidad innumerable de zoophitos. Las holoturias, las zoanthes, las actinias, las *salpa*, las medusas, nos ofrecieron numerosas especies. En medio de la rada y en calma sacamos un acalefo agregado de forma piramidal, de dos pulgadas de largo, compuesto de piezas articuladas con facetas talladas como cristal, que se desarticulaba con suma facilidad, con su centro atravesado de cordones digestivos de hermoso color rojo, y dispuesto en ganglios engrosados de distancia en distancia. Este animal, que tiene grandes relaciones con el llamado *polytomo* por MM. Quoy y Gaimard, será para nosotros el tipo del género *plethosoma*. Por la misma razon omitiremos hablar de las numerosas especies de madrêporas, esponjas, *alcyonium*, gusanos de estuche, el tubiporo músico, y los discos de fongios, cuyos intersticios de laminillas están ocupados por el polypo dilatado en anchas y numerosas ventosas de color de castaña claro, etc.

Los pueblos que viven en la vasta isla conocida con el nombre de *Nueva Irlanda* por los europeos,

semejantes á muchas razas esparcidas en las tierras inmediatas, pertenecen á la gran familia de los papuas. Los navegantes no habian hecho aun la descripcion de aquellas tribus negruzcas, y todos los hechos de que se compondrá su historia en este capítulo serán enteramente nuevos para la ciencia.

Los nuevos irlandeses tienen la piel negra; pero este tinte está lejos de ser decidido, y por la mezcla del amarillo unido al moreno se inclina al color fuliginoso. Su talla no tiene nada de notable; varia segun los individuos: sus proporciones mas ordinarias son poco mas ó menos de cinco pies y una ó dos pulgadas. Sus miembros, sin tener la flaqueza ó proporciones endebles que se sabe que son propias de la raza negra, distan mucho, sin embargo, de presentar aquellas formas regulares y graciosas que caracterizan á los oceánicos. Una espesa cabellera lanosa les cubre la cabeza, y cae sobre los hombros en mechones muy rizados y en forma de tirabuzones. Los viejos conservan la barba de todo su largo, y segun parece se la cuidan mucho: á estos rasgos mas marcados de su fisonomia exterior, agréguese una frente estrecha, una nariz chata, y una boca grande que presenta dos carreras de dientes corroidos por el betel. Su ángulo facial que medimos muchas veces con un instrumento preparado á bordo, nos pareció que jamás pasaba de sesenta y siete á setenta grados. Las fricciones oleosas contribuyen sin duda á dar á la piel de un gran número de jóvenes la suavidad y morbidez que la caracterizan, pero la mayor parte de la poblacion se halla atacada de aquella lepra que devora á un gran número de pueblos del mar Sur, y que hace caer la epidermis formando escamas furfuráceas.

Todos los hombres de raza negra, en cualquiera parte del mundo que se les examine, parece que desconocen los hábitos de un modesto pudor: una com-

pleta desnudez es para ellos el estado de naturaleza; jamás han tratado de ocultar á los ojos de todos unos órganos poco á propósito para estar al aire. Los nuevos irlandeses no se quitan el vello; y algunos viejos se hacian notables por la espesa vellosidad que cubria sus miembros: la circuncision es desconocida entre ellos.

La dignidad mas fria reposa en la fisonomía de los hombres de edad; sus facciones tranquilas y serenas tienen impresa una impasibilidad que es el lote de los sentidos entorpecidos por los años, al paso que la juventud es entre estos pueblos, como en todas partes, caracterizada por una turbulencia de accion y por una viva movilidad de espíritu. Estudiando sin embargo, las fisonomías de los nuevos irlandeses, se conoce facilmente que en ellas se reflejan sus intenciones; y al lado de la falsedad de las miradas péfidas de algunos, contrastaban la desconfianza y las sospechas de otros, la bondad y confianza de algunos. La alegría y buen humor parece que es entre estos hombres el patrimonio de un corto número de ellos; pasan la vida en tender redes á sus enemigos ó en preservarse de sus asechanzas; de manera que su existencia es un estado perpetuo de hostilidad.

Los nuevos irlandeses, sea por moda, ó con el fin de designar las castas, conservan sus cabellos y barba, ó se rasuran con conchas. Observamos, sin embargo, que todos los viejos cuya barba bajaba hasta la cintura, gozaban entre sus compatriotas de la influencia que se debe al poder. Todos indistintamente se untan con aceite la cabeza, y se echan encima polvos de cal ó de ocre: este grosero cosmético no deja de parecerse á una pintura roja que cubre cada mechón. Este sucio y extravagante adorno contribuye á dar á aquellos negros un aspecto estraordinario y montaraz, y aun es mucho peor cuando dedican algunos

instantes á su adorno y se embadurnan la cara con mejunges que son para ellos el ideal de la belleza. Entraremos sobre este asunto en algunos pormenores, porque el hombre menos civilizado, lo mismo que el que pretende exclusivamente este titulo, vive bajo el imperio de los gustos mas estravagantes y ridículos; y ¿podriamos nosotros burlarnos al ver á un nuevo irlandés embadurnado con aceite y polvos encarnados, cuando en el centro de la civilizacion y á cada paso se encuentran cabezas enmarañadas y cubiertas de polvo de harina? Asi la cabellera de los hombres de quienes tratamos, cae en forma de guarda polvo sobre los hombros y está empolvada con cal ú ocre. La barba no participa de este adorno, y solamente se la quitan pelo á pelo en los lados de la cara con los filos cortantes de unas conchas, de manera que no se dejan mas que un gran mechón debajo de la barba; mas parece que la operacion de que vamos hablando es larga y dolorosa, por que la mayor parte de los naturales que fueron á visitarnos á nuestro buque se sometieron sin repugnancia á la prueba dolorosa que les hicieron sufrir nuestros marineros que se divertian en afeitarnos con cuchillos viejos. No se ciñe á estos solos adornos la toaleta ó sease tocador de los nuevos irlandeses; hay otros que ocupan sus ocios, y á los cuales consagran con satisfaccion largos ratos: en primer lugar debe hacerse mencion de su costumbre de pintarse las megillas, la frente, la punta de la nariz, la barba y aun los hombros, el pecho ó el vientre, con ocre desleido en aceite de coco. Sobre esta untura de color rojo sanguíneo, se ponen en ciertas circunstancias unas rayas blancas con cal de coral. No conocen el dibujo picado, ó á lo menos no vimos mas que algunas ligeras é imperceptibles líneas en algunos individuos; pero se agugerean la ternilla y aun las alas de la nariz para colgarse algunos adornos singulares

de formas muy variadas, que comunican á su fisonomía, naturalmente chocante y fea, un carácter asqueroso y feroz. Un hueso ó un palillo redondo les atraviesa la ternilla de la nariz y allí se cuelgan dientes de animales ó manojos de plumas, y hasta ensartas de dientes de falanxero. Idearon ponerse en el mismo sitio las agujas, alfileres y anzuelos que se les dió á bordo de nuestra corbeta, y estos objetos punzantes se parecían á unos caballos de frisa destinados á resguardar aquella parte. También tienen agugereados los lóbulos de las orejas de manera que se pueden introducir rollos de cuero, y del mismo modo que los carolinos se colocan en el mismo sitio, los cuchillos, tigeras y demas instrumentos de fierro que les dan los navegantes.

Sometidos únicamente al imperio de las necesidades físicas, han recibido los nuevos irlandeses, en la plenitud de sus funciones de los sentidos, una perfeccion de ideas instintivas que se halla en todos los hombres cuyas necesidades se limitan á las primeras de la vida. Sus sensaciones intelectuales se dirigen todos los días y todos los instantes á hallar los medios de satisfacer el hambre del momento, de preservarse de los ataques de las bestias feroces, ó de abrigarse de las injurias del clima. De aquí procede la perfeccion de su vista, olfato y oído; de aquí proviene el acierto con que lanzan el harpon al pescado que nada, la costumbre de descubrir al mas pequeño pájaro oculto en un espeso follage, y la prontitud con que suben á un peñasco escarpado. Bajo este concepto no ceden los negros de Puerto Praslin á ningun otro pueblo para construir y manejar una piragua, arrojar una larga azagaya de madera dura ó tirar piedras con hondas.

Entre los hombres que acudieron á las playas de Puerto Praslin durante nuestra mansión, observamos una multitud de viejos, y todo autoriza para pensar

que la vida exenta de los grandes deseos que gastan su trama, se pasaria bajo aquel cielo durante una larga serie de años si la guerra y sus desastres no turbasen de cuando en cuando la monotonia. El hombre es tan naturalmente inclinado á la destruccion, y la guerra es tan profundamente de la esencia de su organizacion, que se observa que jamás son mas vivos los odios ni mas encarnizados que cuando se suscitan entre dos tribus del mismo origen. Por lo tanto los nuevos irlandeses no se diferencian nada de los habitantes de la Nueva Bretaña que son las tribus procedentes de la misma familia; y sin embargo el odio que las divide es tal, que el nombre de *Birare* (nombre indigeno de la Nueva Bretaña de Dampier) pronunciado delante de un natural de Puerto Praslin, basta para excitar la mas violenta cólera y hacerlo vomitar en su lengua imprecaciones que, á juzgar por la violencia de los movimientos que provocan, deben ser terriblemente virulentas. Estamos tentados de creer que los nuevos irlandeses son caníbales: no tenemos mas que presunciones sobre tan grave inculpacion; pero aquella horrorosa inclinacion, resultado de un desenfrenado deseo de venganza, convertido en dogma religioso por la mas bárbara supersticion, está por otra parte mas generalizado de lo que se piensa en muchos pueblos de la Oceanía ó de la Polinesia. Las armas de los naturales de Puerto Praslin están comunmente adornadas con huesos humanos, y sobre todo el del húmero. Tan horrendos trofeos nos dieron margen para que pensásemos que harlo brutos para proteger á sus prisioneros, los sacrificaban y dividian entre sí los despojos para perpetuar despues de su muerte la venganza. Nosotros empleamos las mas delicadas precauciones para salir de dudas sobre esta afflictiva sospecha; y muchos naturales confirmaron nuestros recelos probándonos con gestos expresivos el

placer que tenían en devorar los miembros palpitantes, mientras que otros por el contrario, inquietos y turbados con esta pregunta, nada contestaron, manifestaron inquietud y se dieron prisa á salir del buque. No les haremos el honor de suponer que fuese por ideas de remordimientos que entonces experimentasen, pues este sentimiento les es absolutamente desconocido. Es mas probable que el miedo les hizo sospechar que nuestras costumbres fuesen análogas á las suyas; que acaso nosotros les preparáramos por traición la suerte que ellos hacen sufrir á sus prisioneros, y que nuestras insinuaciones eran las primicias.

Entre los naturales á quienes visitáramos frecuentemente y con quienes vivíamos en buena armonía, no vimos ningun contrahecho. Sus formas, sin participar de gracia, no tenían la flaqueza que se advierte en otras muchas razas negras, y sus miembros eran ágiles y dispuestos. Uno solo, era un anciano, habia tenido las piernas rotas de un macanazo; pero la union de los huesos estaba perfectamente consolidada aunque desfigurándolo. No vimos entre ellos señales de elefantiasis, ni de los hydro sarcocoles enormes tan comunes en Otaiti; pero en cambio la lepra y las cicatrices en la piel destruyen su uniformidad, y estas últimas acreditan cuan frecuentes son sus hostilidades con las demas tribus. Hubiera sido interesante profundizar sus ideas sobre el arte quirúrgico ó sobre las prácticas de su medicina por groseras que sean; pero su inteligencia jamás se elevó á querer comprender nuestras preguntas sobre este punto á pesar del trabajo que nos tomamos para hacerles comprender el sentido de nuestras preguntas: se limitaron á nombrar las llagas *alot*, y la lepra *limnimole*, sin que pudiésemos suponer si procuran preservarse de esta con algunos remedios prophylacticos ó se curan con medicina. La lepra ataca en la Nueva Irlanda á

todas las edades, causa un escamamiento desagradable de la epidermis, y produce en los que la padecen un prurito que parece los atormenta del modo mas cruel.

Los hombres, cualesquiera que ellos sean, no pueden ser suficientemente conocidos sino vistos en sus casas. Sus relaciones habituales con su familia y el conjunto de sus hábitos domésticos, los pinta bajo su verdadero punto de vista, y permiten se les juzgue por comparacion. Por desgracia ignoramos completamente cuáles son los vínculos de familia que unen á los nuevos irlandeses con sus esposas é hijos; y lo que sabemos se reduce á observaciones superficiales hechas por Mr. de Blossville en una expedicion arriesgada que hizo al lugar de Leukiliki, residencia de los habitantes que durante nuestra mansion en Puerto Praslin habian acudido á acamparse en aquellas playas: pero por incompletos que sean tales pormenores, tienen un interés tantomas excitante, cuanto ningun navegante ha bosquejado la historia de aquellas tribus. Hé aquí el resúmen del viage de Mr. de Blossville en los mismos términos que nos los comunicó.

«Una primera tentativa me habia conducido de la parte de allá de las montañas que rodean el Puerto Praslin, siguiendo una senda de difícil acceso abierta por los salvages. Habia yo bajado á una playa desde la cual podia reconocer la posicion del lugar por el humo que salia por encima de un terreno bajo y arbolado que separa dos grandes bahias. Un ancho brazo de mar impedia llegar á él sin el auxilio de una piragua, y el camino por tierra era impracticable. El 19 de junio salí de la corbeta, acompañado de Williams Taylor: la conducta de los naturales cuando nos hicieron su primer visita, nos sirvió de regla para conducirnos, y no llevamos armas ningunas: los regalos

que tratamos de hacer iban cuidadosamente ocultos. Despues de haber trepado rápidamente las montañas, llegamos á los arenales, donde la vista de dos piraguas y de algunos naturales me hizo esperar conseguirlo. Sin embargo, cuando los de mas edad conocieron nuestra intencion, se negaron á acceder: una hacha que yo les di los hizo mudar de resolucion; deliberaron entre sí, y nos hicieron prometer que no queríamos ver á sus mugeres ni pasar la noche en el lugar. En fin, algunos regalos y la seguridad de recibir ademas otros mayores cuando nos viesen á bordo, disiparon todos los escrúpulos. Botaron al agua una piragua, y partimos con cuatro salvages.

«La bahía que atravesamos tiene cuatro millas de ancho: por la parte del Este está á descubierto de todos los vientos. La isla *Ciroa* y la roca *Luntase* están á la entrada, pero no pueden prestar abrigo. Las estrechas playas areniscas están interrumpidas por algunas colinas escarpadas que caen perpendicularmente á la mar, y que impiden toda comunicacion por tierra entre los diversos puntos de la bahía, cuyo fondo está dividido en dos partes por el mogote *Tacana*, á cuya izquierda se ven muchas casas habitadas en ciertas épocas del año. Al llegar cerca del istmo descubrimos que la playa arenisca que le guarnece estaba defendida por la parte del Este por un arrecife de coral: hácia aquel punto se dirigió la piragua, que se mantuvo á lo largo, mientras que un natural, que se habia echado al agua, iba como embajador á preguntar si nos recibirian. Pronto regresó el mensajero, y haciendo una señal favorable llegamos en un momecto á la playa. Apenas tocó en tierra la piragua cuando nos vimos rodeados de muchos naturales. Los que aun no nos habian visto, satisfacian su curiosidad examinando nuestros vestidos, entre tanto que nuestros antiguos conocidos nos daban señales de amistad.

Llamaba principalmente toda mi atencion un grotesco personaje (el bailarín ó el baile se llama *lukiuk*) que al momento de nuestra llegada se habia arrojado á la playa que recorria haciendo piruetas. Su traje ridiculo consistia en una enorme faja de hojas de *vacua* (1) de nueve pies de circunferencia, que empezaba en el pecho y caia hasta la mitad de los muslos; por encima se levantaba una pirámide cuadrangular; por detras estaba cubierta de hojas, y por delante estaba cerrada con una red negra adornada de figuras blancas. La cabeza del salvage estaba escondida en esta especie de embozo; unos de sus brazos salia por enmedio de las hojas, y empuñaba una azagaya. Un segundo bailarín se unia al primero, y como ambos se acercaron á mí, pude examinarlos y bosquejarlos despacio.

«Entre tanto no se nos permitia seguir adelante, y aun fué necesario esperar diez minutos; pero habiendonos puesto en camino aun tuvimos que detenernos á alguna distancia en un sitio en que no habia árboles y que parecia ser como una plaza; veíase allí un coberfizo para la pesca, un corto plantío de taro bien cultivado con su cerca; y finalmente, muchos vestidos iguales á los de nuestros bailarines, colocados tambien en sus pies derechos. Unos treinta naturales reunidos en aquel sitio nos hicieron sentar á su lado. Nos trajeron raices de taro y agua en un bambú; esta agua,

(1) Este uso es enteramente semejante al que usan en el reino de Woollí.

«Al acercarnos á Cunda-Bavia vimos colgando de un palo fuera de los muros de la poblacion, un vestido de cortezas de árboles cortadas y formando filamentos, dispuesto en terminos de cubrir á un hombre, especie de hechicero llamado *numbo-jumbo*. (Diario de los Viajes, cah. 82, p. 246; *Análisis del viage al Africa occidental*, del mayor Gray y del médico Dochart, 1825, 4 vol. in 8.º)

que yo habia pedido, era algo salobre, y en vano traté de saber sino se podría proporcionar otra mejor. No tardaron en reunirse á nosotros dos hombres de edad provecta: por la autoridad que gozaban, y por la proteccion que parecia nos dispensaban estando siempre á nuestro lado, juzgué que eran gefes del lugar, pero no tenian distintivo alguno, y no pude saber qué nombre tenian. Habiendo conseguido Williams hacerles comprender que yo era oficial, manifestaron grande alegría, y todos los salvages dieron gritos de aclamacion. Al cabo de un cuarto de hora se nos permitió seguir adelante: llegamos por un camino apartado sobre una playa de arena que pertenece á una grande bahía. Desde allí vimos el lugar de Leukiliki, situado sobre una colina que forma el lado oriental de la rada; las habitaciones estaban medio ocultas por los árboles que las circuián.

«Los gefes nos condujeron desde luego á la casa de los *ídolos*, construida como á unos cien pies sobre el nivel del mar; es un edificio de treinta y seis pies de largo, diez y ocho de altura, y once de ancho. Esta especie de pagoda abierta por uno de sus extremos, está dividida en dos partes por un piso establecido en el sitio en que el techo va á parar á una pared de tres pies de altura, construida con tablas pintadas que cierran la parte baja del edificio. Sobre este techo ó tablado están colocados los ídolos: el principal de estos que está á la entrada, es una estatua de hombre, de unos tres pies de alto, de grosera escultura, pintada de blanco, negro y rojo, y con un enorme falo; á su derecha se veía un pescado grande, y á su izquierda una figura informe que podía tomarse por la de un perro. A cada lado están colocados otros cinco dioses que representan unas cabezas humanas de un pie de alto, cuyas facciones cuesta trabajo distinguir. En el fondo se ve una décima cuarta figura

de mayores dimensiones, la cual está pintada de encarnado; tiene los ojos formados con pedazos de nácar, á su lado tiene un adorno de madera artísticamente ejecutado; los naturales le llaman *prapraghan* y le manifiestan mucho respeto. No es sin embargo, más que un adorno que ponen en la proa de las piraguas; esta pieza preciosa está tapada. Se baja á la parte inferior por dos aberturas grandes; yo seguí á uno de los gefes, pero nada notable se presentó á mi vista; dos de los instrumentos llamados *tam-tam* estaban colgados en lo interior de la casa, así como algunos frutos. Estos dioses de madera reciben ofrendas, y me pidieron un cuchillo en nombre del ídolo principal. Yo me guardé bien de rehusarlo, y agregué á mi presente una medalla que hice poner al cuello del dios grande. Yo espero que consagrada de este modo, se la podrá ver en el mismo sitio dentro de muchos años. En vano traté de conseguir algunos datos sobre la religion de aquellos isleños; resta saber, cual es su grado de supersticion, y si sacrifican víctimas humanas. No vi hueso alguno que pudiese hacerme sospechar; todos los ídolos tienen indistintamente el nombre de *bakoni*.

«Rodeados de hombres y muchachos que huían al acercarnos, no habíamos visto mugeres ni aun chiquillas. Empecé á adivinar porqué nos habian hecho esperar cuando desembarcamos en el istmo, y para certificarme de ello me dirigí hácia las casas; no nos detuvieron y los gefes nos siguieron por todas partes; pero en vano tratamos de mirar por las henduras de las tablas que sirven de puertas, pues estaban muy bien juntas, y no penetraba claridad alguna á lo interior. No me permitieron entrar más que en una sola casa, en que no ví más que un fuego encendido y unas tablas largas y gruesas que servían de camas. Nuestra visita habia costado á las mugeres una reclusion mo-

mentánea; me atrevo á decir que los celos de los hombres les parecieron muy crueles, y que su curiosidad era muy superior á la nuestra. Sin duda estaban los viejos encargados en reprimir aquella curiosidad, porque tan solamente vimos uno entre la multitud que nos acompañaba. Las precauciones sospechosas de los habitantes de la Nueva Irlanda, con cuyas precauciones nos guardamos bien de chocar, parecerán menos ridículas y se esplicarán mas naturalmente si se atribuyen mas bien á preceptos de religion que á principios de moral y de celos. No me sorprendería que entre las mugeres jóvenes hubiese algunas de lindas facciones; porque ví algunos muchachos que tenían caras verdaderamente europeas, y cuyo color era bastante claro.

«Estando el lugar construido sobre una colina, donde quiera que han querido construir una casa, han levantado el terreno para que formase una plataforma unida sostenida por un muro de piedra: así es que cada habitacion está situada sobre una meseta aislada, rodeada de árboles y de plantas útiles por sus frutos, ó agradables por sus brillantes flores. El notable aseo que se vé en lo exterior avergonzaria á los otaitianos, que son tan negligentes sobre este punto. El techo, formado con hojas de redondo por las estremidades y que baja hasta tierra, compone la choza entera, que ordinariamente tiene veinte y tres pies de largo, once de alto, y nueve de ancho. El boquete que sirve de puerta, tiene tres pies de alto, y está á uno de los extremos largos del paralelógramo. Los cobertizos de las piraguas no se diferencian de las casas mas que en estar abiertos por ambos extremos y en tener una porcion de techo avanzado. El lugar de Leukiliki se compone de unas veinte y cinco chozas: si el número de los hombres no es inferior al de las mugeres, debe componerse la poblacion de doscientas al-

mas, en cuyo cálculo se deben comprender los muchachos por una mitad. Esta pequeña poblacion se alimenta principalmente de pescados y raices de taro. Cerca de las habitaciones no ví mas que algunos plátanos y aun menos cocoteros; sin embargo, nos trajeron muchos cocos frescos para que refrescásemos. La bahía en que está el lugarejo, presenta mucho abrigo para los buques, y estando cerca de la costa se está por todas partes rodeado de tierra; la punta mas Norte y la del lugar son Noroeste y Sudoeste. La parte Oeste está limitada por tierras bajas y pobladas de árboles, y me inclinó á creer que están separadas de las altas montañas de lo interior por un lago ó por sitios pantanosos. Por encima de la parte Norte ví salir humo, y los naturales me dieron á entender que allí habia un lugar, y al mismo tiempo pronunciaban la palabra *fane*. Este puerto carece de una gran ventaja sino provee de agua buena; pero se tienen fácilmente refrescos.

«Nos habiamos comprometido á marchar cuando empezase á declinar el sol, y fieles á nuestra palabra, seguimos á los gefes que nos llevaban insensiblemente fuera del lugar, y fuimos á embarcarnos en la misma piragua que nos habia conducido. A nuestro regreso no dejaron los bailarines de desempeñar su ridículo oficio, y los naturales se retiraron para poner en libertad á sus mugeres, entretanto que uno de los gefes nos acompañaba esperando recibir el premio de su benévolo recibimiento. Subimos la montaña con los naturales que nos habian seguido; pero en el momento de llegar nos abandonaron, y volvieron á sus casas con una porcion de sus compañeros que habian pasado el dia en Puerto Praslin. Empleamos seis horas en esta espedicion, aunque no habiamos podido pasar mas que una en medio de las habitaciones de los nuevos irlandeses. La conducta generosa con que nos